

ras políticas de la oposición —e incluso a algunas que nunca se han salido del sistema— para que fueran los propios protagonistas quienes se pronunciaran personalmente sobre las distintas alternativas que representan.

Y si en toda elección entra por supuesto una buena dosis de subjetividad, no creo que pueda acusarse a Haubrich o a Moser de partidismo, ya que, sin renunciar a unos presupuestos mínimos de democracia, han sabido dar acogida en las páginas del libro al mayor número posible de opciones. Ahí van, como ejemplo, unos cuantos nombres de personas directamente consultadas: Tamames, Fernández Sordo, Miguel Boyer, Morodo, Joaquín Garrigues, Franco y Pascual de Pobil, Camacho, Trías Fargas...

Una sola cosa reprocharía, sin embargo, a los autores, y es el no haber prestado acaso suficiente atención al problema —hoy acuciante— de las autonomías. Por lo demás, sus compatriotas de la Bundesrepublik lo hubieran entendido perfectamente. ■ JOAQUÍN RABAGO.



Segovia: El folklore, recuperado

Desde el ábside de San Millán, y en el marco de las fiestas de la ciudad, el grupo Hadit ha ofrecido un recital de cantares de la Comunidad de Ciudad y Tierra de Segovia. Un acto de recuperación cultural y social, ya que la Comunidad subsiste aún y comportó en el pasado el modo de ser de las instituciones populares segovianas. Previamente fue repartido entre los espectadores un cuaderno que incluía: el programa del recital; un comentario histórico acerca de la Ciudad y Tierra de Segovia, redactado por el estudioso Manuel González Herrero; el mapa de la Comunidad y un nomenclátor de sus pueblos. González Herrero recuerda la "mancomunidad en



Grupo Hadit.

el dominio y disfrute del patrimonio vecinal" y el 'status' de democracia que subyace siempre en Castilla".

En un momento dado, entre los jóvenes cantores y el románico iluminado de la iglesia empezó a ondear el verdadero pendón de Segovia —acueducto de plata en campo de azul—, traído a esta noche desde aquella "Universidad de la Tierra", como también llamaban a la Comunidad. En ese instante una dulzaina saludó la aparición de la enseña segoviana con la célebre entredilla del maestro Agapito Marazuela. Los segovianos vieron así rendidas varias señas de su identidad.

Empezaron seguidamente a escucharse las canciones antiguas, desveladas algunas por los propios Hadit y otras recogidas en el acervo del juglar Marazuela. Sonaba un almirez entre los otros instrumentos. Los cantos fueron religiosos, de oficio, líricos, picarescos y de la gente que había ido a dar su sangre a la guerra. Algunos proceden de pueblos pertenecientes hoy a otras provincias, ya que la vasta Comunidad de Ciudad y Tierra de Segovia llegó un día hasta las mismas aguas del Tajo. Entre canción y canción, una voz —la del asesor cultural de los Hadit, el también estudioso Carlos Parrondo— fue haciendo explícitas, concisamente, las maneras de la Comunidad. Entresacamos algunas de sus frases: "La Historia de Castilla es la Historia de sus Comunidades", "Quien no la conoce cierra su propio horizonte", "Sexmos de nuestra tierra comunera, organización del hombre para el hombre", "Ha-

blamos castellano y no necesitamos palabras foréneas", "Nadie es más que nadie, la frase de nuestra tierra".

A un lado, y para que nada faltase, observaba "La Tarasca", el monstruo que desde varios decenios se deshacía abandonado en el cuarto trastero de la ciudad y hoy recuperado y cuidadosamente restaurado por los jóvenes Hadit.

Los participantes y el pueblo se encaminaron después a la "Plazuela de la Tierra" y abarrotaron ésta ante la "Casa de la Tierra", antigua sede de la Comunidad. Un gran mapa lucía en el balcón principal. Los balcones de las otras casas que cierran la plaza habían colgado todos colchas de labor antigua, o mantones de Manila, colgaduras de siempre del pueblo ajenas a las banderas. Detrás del mapa

empezó a sonar la dulzaina de Mariano, "el Silverio", y el tamboril de su hijo. La gente era ahora la protagonista, recordadas sus señas de identidad. Y durante un tiempo la "Plazuela de la Tierra" estuvo retumbando con la jota segoviana. ■ PEDRO FERNÁNDEZ COCERO.



La senectud de los Rolling Stones

Y al fin, después de años de rumores y promesas incumplidas, llegaron los Rolling Stones a España. La más legendaria banda de "rock" dio su único concierto español el 11 de junio, en una plaza de toros de Barcelona. Una visita que ha levantado enorme interés al mismo tiempo que ha provocado agrias controversias, principalmente por las dos subidas del precio de las localidades (de 500 a 600 pesetas inicialmente, quedándose finalmente en 900) y las extraordinarias declaraciones del promotor, asegurando que tanto él como los Stones iban a perder dinero y bla bla bla.

Pero no vamos a hablar ahora



Mick Jagger, durante su actuación en Barcelona.

de ese enojoso asunto. Acaba de salir el nuevo LP (1) del grupo y es una buena ocasión para observar cómo se plantean los Stones su música en su segunda década de vida.

El título del disco resulta especialmente adecuado: "Black and Blue". Lo negro y lo azul (o melancólico). La mitad del LP son canciones fuertes, de ritmos irresistibles y guitarras feroces. La otra parte —un porcentaje muy elevado para un disco de los Stones— son canciones tirando a suaves, basadas preferentemente en los instrumentos de teclados. Y aunque no se corresponden con las divisiones anteriores, las canciones de "Black and Blue" también muestran dos claras tendencias: por un lado, las que entran fácilmente en el repertorio tradicional de los Stones, y por otro, los intentos de renovación y adaptación a los nuevos tiempos. Hay que aclarar que se grabó en un período —diciembre de 1974 a abril de 1975— bastante agitado para el grupo, con la inesperada marcha de Mick Taylor y la búsqueda del nuevo guitarrista: se puede escuchar brevemente en "Black and Blue" a dos de los candidatos —Wayne Perkins y Harvey Mandel— y al que posteriormente se convertiría en el quinto miembro, Ronnie Wood.

Lo primero que se advierte en "Black and Blue" es la excelencia de su producción: rara vez han sonado los Stones con tanta claridad. La batería de Charlie Watts ha salido del fondo y cada instrumento tiene el relieve preciso. La segunda sorpresa es la persistencia de los ritmos jamaiicanos. Hay incluso una versión agradable —aunque falle el bajo— de un éxito de Eric Donaldson. También aparecen ecos del reggae en "Hot stuff", donde Jagger imita a los "disc-jockeys" de los "sound systems" de la isla; musicalmente, es extremadamente "funky" a pesar de un extraño solo psicodélico de Harvey Mandel. "Hey negrita" es igualmente irresistible y llena de aires caribes; Jagger canta varios versos en castellano y Billy Preston toca un piano muy salsero.

"Fool to cry" es la típica balada con Jagger en el papel de hombre vulnerable. Y ya en la vena emotiva, "Memory Motel"

presenta las dudas de un músico de "rock" tras su fugaz encuentro con una mujer de ideas propias, una aparición infrecuente en las canciones de los Stones. A lo largo de sus siete minutos destaca la expresividad de Jagger y las sentidas intervenciones vocales de Keith Richard.

En el resto del disco encontramos a un Jagger demasiado teatral y forzado, posiblemente incómodo con las estereotipadas historias de sexo y violencia que no pueden faltar en los discos de los Stones. "Melody" tiene una cierta gracia por lo jazzístico de su construcción y los intercambios vocales entre Mick y Billy Preston; al final aparece una sección de viento dirigida por Arif Mardin. "Hands of fate" y "Crazy mama" son más convencionales, dos canciones muy rockeras y sucias que supongo alcanzarán su verdadera dimensión sobre un escenario.

"Black and Blue" demuestra que los Rolling Stones no han perdido la capacidad de crear el mejor tipo de "rock". Pero también les presenta excesivamente amanerados, atrapados en sus propios mitos y girando en una órbita particular que no tiene nada que ver con el resto del mundo. Son excelentes profesionales, pero la pereza les domina: siete canciones nuevas en un LP que se esperaba desde 1974, no es suficiente. Son la aristocracia del "rock", pero sería bueno que bajaran al nivel de la calle si no quieren terminar como parodias de su glorioso pasado. ■ **DIEGO A. MANRIQUE.** Foto: **GRAHAM WILTSHIRE.**



Geza Anda: Los valores de la corrección

Géza Anda, pianista, ha fallecido. Con su muerte no perdemos una figura única, uno de esos monstruos sagrados que tanto abundan en el panorama



Géza Anda.

de la música llamada seria o culta; si se pierde una personalidad importante que a lo largo de su carrera musical había acumulado incontables triunfos, todos merecidos, aunque algunos menos voluntarios que otros.

Si bien en el momento de su muerte ostentaba la nacionalidad suiza, había nacido en Hungría, en 1921. Sus estudios con Ernst von Dohnányi le instalaron en la gran tradición de intérpretes húngaros, situación posteriormente refrendada por el Premio Liszt. Tras establecerse en Suiza a raíz de la segunda guerra mundial, se consagró en Occidente tanto como solista como en calidad de colaborador de las orquestas y directores más célebres, y participante en todos los grandes festivales. Conservo un grato recuerdo de sus actuaciones en Madrid, en abril de 1974, en las cuales interpretó el "Segundo Concierto", de Brahms y, además, comunicó la imagen arquetípica del concertista "serio".

No obstante, este tipo de actividad profesional, normal en todo pianista que alcanza un determinado "status" técnico —y aun en algunos que no lo alcanzan—, define a Géza Anda menos que sus actividades como pedagogo, sucesor de Edwin Fischer en la dirección de los cursos de interpretación de Lucerna, profesor del Conservatorio de París, miembro de honor de la Royal Academy of Music londinense, etc. Con estos antecedentes, es difícil no recordar a Géza Anda como un músico academicista cuyas interpretaciones, antes que otros atractivos más excitantes, poseían la calidad de lo bien hecho. Ratificaban esta impresión sus múltiples grabaciones para Deutsche Grammo-

phon, sello cuyos conceptos están siendo revisados desde diversos puntos de vista, pero que todavía sirve para garantizar al comprador normal de discos el prestigio de sus adquisiciones. De su repertorio discográfico se destaca antes que nada la versión que como intérprete y director realizó de los conciertos para piano de Mozart; todos, aun los no especialmente aficionados a estas cosas, recordarán su "Andante" del "Concierto 21", que llegó incluso a las listas de éxitos tras haber sido incorporado a la banda sonora de la película "Elvira Madigan". La circunstancia, que cogió a Géza Anda por sorpresa, debió acabar por agradarle, por cuanto con ella solía finalizar su "currículum"; fue hábilmente aprovechada por su compañía discográfica, que decoró la portada de las sucesivas ediciones del disco con la fotografía de Pia Dagermark, protagonista del film. Por cierto que en esta España fue la excepción, sin duda por el escaso éxito que obtuvieron los avatares sentimentales de Elvira, entre un público al que todavía los lavados de cerebro tipo "Love Story" no habían puesto a punto de lágrima.

La trayectoria de la integral mozartiana de Anda puede ser, en última instancia, ilustrativa: lo que fue muy bien acogido en un principio para después ser rechazado o menospreciado ha acabado por permanecer, al margen de las modas críticas, como un ejemplo de unidad y bien hacer. Seguramente Géza Anda lo tenía previsto, pues nadie como él sabía que lo que está ejecutado con corrección, si no despierta entusiasmos, tiene al menos la virtud de perdurar. ■ **JOSE RAMON RUBIO.**



Cuando ya había visto la exposición de Canogar en la Sala grande de Juana —en Juana Mordó, de Castelló, quiero decir— tuve que ir a La Coruña para ser jurado de un concurso convocado por los librereros... Ya hablaré de ese concurso, cuando

(1) The Rolling Stones: "Black and Blue" (Hispanavox HRSS 591-08).